

tad la ignominia de la Cruz. Al presenciar tan maravilloso espectáculo, ¿no nos creemos trasportados á aquella época en que las turbas seguían en tropel á Nuestro Redentor Jesús, atraídas por los prodigios que obraba, y por su divina palabra? Y sin embargo, Hermanos míos, hace apenas tres siglos que la voz de Javier resonaba en las abrasadas regiones del Asia.

Esta renovación de la época primitiva del cristianismo; esta cadena constante de varones admirables que en cada siglo se suscitan en la Iglesia, consiste, repito, en que, aunque ellos sean diversos, es uno el que los mueve, el Espíritu Santo que habita en nosotros.

Lo que sucede con la Sede Romana, que es la más conspicua y atrae las miradas de todos, acaece igualmente con las demás cátedras episcopales, y en la debida proporción, con todos los ministros del cielo, por reducida que sea la porción del rebaño que tengan asignada en la herencia del Señor.

Vosotros acabáis de ser testigos de esa protección especial que no cesa de dispensar el Espíritu Divino. Él suscitó entre vosotros, cuando menos lo esperabais, un pastor zeloso y prudente, dotado de esa energía cristiana tan necesaria en los tiempos presentes, de esa piedad sólida, de esa actividad que viene de lo alto.

Ministro de paz, él os trajo la paz en los tiempos más calamitosos. Él puso un dique á las pasiones, que desbordadas por todas partes se habían enseñoreado de los corazones. Él llevó el consuelo á los innumerables hogares que desoló el ángel exterminador durante la peste con que os visteis atribulados. Él partió el pan á millares de pobres, que se vieron reducidos á la indigencia,

cuando el Dios de justicia os castigó con el hambre. Él supo dar al culto un esplendor pocas veces visto, cuando en torno se extinguía, ó quedaba reducido á una sombra de lo que antes fuera. A sus esfuerzos debisteis el que apenas se dejara sentir sobre vosotros el azote de la persecución.

No tuve yo la dicha de contarme en el número de sus ovejas: no me fué dado escuchar de sus labios esas palabras cuya elocuencia tan justamente os fascinaba, esos discursos en que con tanta libertad reprendía el vicio, donde quiera que tuviese su asiento, y exhortaba á la virtud por mucho que se hubiese alejado. No se me concedió el ver esa multitud de ovejas descarriadas que tornaban una tras otra al redil al escuchar su voz paternal: no me fué posible el conocer el sinnúmero de almas que lavó con la sangre del Cordero, y dejó mas blancas que la nieve.

Perdí, es verdad, tan grandioso espectáculo; pero hasta la remota región en que me hallaba llegaron las justas alabanzas que en su honor entonabais á cada instante. Aun á esa enorme distancia hirió mis oídos el eco de los piadosos cánticos que sustituyeron á las blasfemias y lascivos discursos, cuando él bajó á la mansión del crimen, y trocó en venerable santuario la morada de la iniquidad y del vicio.

Vine: y ¡cuál no fué mi asombro al mirar que en vez de las ruinas que esperaba encontrarme, como en el resto de nuestra desdichada patria, hallé más suntuoso que nunca este templo en que por vez primera asistí al Incruento Sacrificio! ¡Cuál no fué mi sorpresa al ver brillar el oro con insólita profusión, al contemplar esa magnifi-

cencia y elegancia de que con justicia podéis enorgulleceros!

¡Todo lo debéis á él, Hermanos míos: él comprendió bien su deber de dejaros la paz de Cristo; esa paz que el mundo no da, y lo llevó á cabo como quien era. Él os dejó la paz á costa de la suya propia, y mientras vosotros entonáis tranquilos himnos de gracias, bajo las bóvedas que él adornara para vuestro provecho, él, llamado por la Providencia á más sublimes destinos, gime sin tranquilidad y sin reposo; porque se halla gravado con penosas obligaciones que contrajo por vosotros, y es incapaz de satisfacer. Ayudadle, Hermanos míos, ayudadle; devolvedle la paz que él os dió, no temáis hacer algún pequeño sacrificio, por el que no vaciló en sacrificarse todo por vosotros. Dadle una prueba de vuestra gratitud, ahora que necesita de vuestro auxilio; mostradle que no sembró en vano en vuestras almas, sino que antes bien ha hecho producir abundantísimos frutos, y que para él han de ser cuantos podáis recoger.

Sí, Hermanos míos, confío en que lo haréis: porque vuestro digno pastor, no sólo reedificó el templo material del Señor, sino lo que es más, el templo místico de vuestros corazones. Indecible ha sido mi consuelo al ver el respeto, el amor, y la veneración que le profesáis. El desprecio de la autoridad ha sido la causa de nuestros males; la obediencia será sin duda el remedio para lo pasado, el antídoto para lo futuro. Si tan fuerte es el vínculo de amor que os ha ligado con el que sólo fué vuestro párroco, ¿cuánto mayor no será el que os una á ese dignísimo Obispo que el Espíritu Santo ha puesto sobre nosotros, que no cesa un momento de trabajar por

nuestro bien, cuyo pecho está inflamado de paternal amor hacia todos y cada uno de sus hijos? De esta manera unidos á vuestro Prelado lo estáis necesariamente con el Jefe supremo de la Iglesia, centro de la unidad, Padre universal de los fieles: hallándoos en tan perfecta dependencia del Vicario de Cristo, no podéis menos que estar estrictamente ligados los unos á los otros con ese lazo de caridad, característico de los verdaderos cristianos.

Grande, repito, ha sido mi consuelo al tornar en medio de vosotros con el carácter de pastor, y hallar el terreno tan bien preparado, tan fértil, tan rico, tan cargado de abundante miés. Pero no ha sido menos grande el temor que me ha sobrecogido, al ver cuánto aumentan de este modo mis obligaciones; y al ver vuestra piedad y virtud, vuestra inclinación al bien, vuestra avidez por escuchar la palabra de Dios, no he podido menos que exclamarme con el Apóstol: Ay de mí si no hago fructificar en terreno tan fértil la semilla del Evangelio: *væ mihi si non evangelizaveru!* (I, COR. IX, 16.)

PUNTO SEGUNDO.

Al estrechar por primera y última vez la mano del digno pastor que ya no es vuestro, muy lejos estaba de soñar que sobre mis espaldas había de recaer el fardo que se aprestaba á trocar por otro aún más pesado. No sería posible pintaros mi estupor, al inesperado anuncio de que yo estaba designado para sucederle; no ignoráis los esfuerzos que hice para sacudir un peso tan superior á mis méritos, á mi capacidad, á mi inexperiencia.

Sin embargo, no pude menos que doblar la cerviz, apenas hube reconocido la voz del Señor que me llamaba por la boca de nuestro Prelado, y aquí me tenéis en vuestra presencia, temblando en vista de las enormes obligaciones que me incumben. Tiemblo, sí, pero confío en que el Espíritu Santo no me negará los auxilios que ha prometido á los ministros de la Iglesia; espero que no me harán indigno mis prevaricaciones. El que entra por fuerza en el redil, el que toma por asalto el Santuario debe en verdad, desterrar de su seno toda es-

peranza, retroceder ante los cargos que por intrusión ha abrazado. Pero al que no se acerca al tabernáculo, sino llamado cual Aarón; al que no empuña el cayado del pastor sino por obediencia, el Señor le allana el camino, le da todas las gracias necesarias para cumplir con su sagrada misión.

Tengo motivos, Hermanos míos, para creer que la Providencia me asistirá de esta manera, y que podré yo también daros la paz de Cristo, la paz que el mundo es incapaz de impartiros. Hasta ahora todo me lo ha allanado el Señor por medio del sabio Prelado que tan dignamente nos rige. Bien sabéis que no ha querido dejarme solo al frente del numeroso rebaño de que formáis tan selecta porción. Me ha dado, en mi venerable colega, un guía, un padre, un maestro, que me dirija, que me amoneste, que me enseñe. Sobre ambos, es verdad, pesa igualmente el cargo pastoral; ambos tenemos igualmente el deber de apacentaros, á entrambos nos incumbe igualmente la obligación de velar sobre vosotros. Pero adonde mi inexperiencia no alcanza, donde mi juventud no os ofreciera suficientes garantías, allí tenéis á mi venerable Padre y hermano, cuya sólida piedad, de que ya os ha dado tantas pruebas, cuya experiencia de largos años gastados en servicio de la Iglesia, cuyo saber adquirido á costa de innumerables vigiliass, os suministrarán el consuelo y la confianza que yo sería incapaz de inspiraros. Cuando la tranquilidad doméstica se turbe, cuando las disensiones invadan nuestros hogares, recurrid á él, que os dará la paz de que carezcáis. Cuando hayáis menester de consuelo en vuestras aflicciones, de consejo en vuestras dudas, de alivio en vuestras penas, recurrid á

él sin temor, que os recibirá con amantes brazos. Destinado yo principalmente á permanecer orando por vosotros, cual Zacarías, entre el vestíbulo y el altar, acudid á mí cuando queráis que se eleven al cielo preces en nombre vuestro; que se quemé el incienso en honor del Dios de los ejércitos. Acudid á mí, cuando hayáis menester del ardor de mi juventud, del fuego de mi edad. Acudid igualmente para cuanto os pluguiere, convencidos de que no soy vuestro pastor sino para ser vuestro siervo; y yo también soy ministro de paz, y también sobre mí ha descendido el Espíritu Divino.

La paz, pues, os doy en nombre de Jesucristo: la paz os doy unido á mi venerable y respetado colega; la paz os doy en unión de ese dignísimo clero que me rodea, de que por tantos años no habéis cesado de recibir innumerables favores; que me vió nacer, que guió mis primeros pasos por la senda de la virtud, y que no me desamparará ahora que tanto necesito de su auxilio.

No rehuséis, Hermanos míos, el ósculo místico de sagrada paz que os enviamos. No ignoráis que ya está próximo á espirar el largo plazo que la Iglesia os concede para cumplir con el precepto de la comunión paschal. Si hay alguno que haya diferido hasta ahora el reconciliarse con Dios, venga, venga sin tardanza á bañarse en la sangre del Cordero. Venga: no le espanten sus crímenes, que Jesús no llama á los justos sino á los pecadores á la penitencia. Venga: no retroceda ante dificultad alguna, que nosotros la venceremos; venga, no lo detengan las redes con que lo tiene preso el demonio, que nosotros le ayudaremos á romperlas.

Sí: os ofrecemos la paz á todos, sin excepción alguna,

la verdadera paz de que jamás podréis gozar mientras permanezcáis en el pecado.

¡Joven que ávido de goces te has lanzado por una senda vedada! Nada ha faltado para halagar tus sentidos; has satisfecho todas tus pasiones; has apurado hasta las heces la copa del placer. ¿Y has hallado, por ventura, la paz en medio de tantas inmundicias? Ven, ven á mis brazos, que yo te daré la paz en nombre del Señor.

¡Mujer desdichada que no has temido imitar á Magdalena en sus extravíos, á Margarita de Cortona en sus desórdenes! Ven, ven sin tardanza al tribunal de la penitencia, imítalas también en su conversión, que no te arrojará por cierto el confesor de su presencia, y ¡ay del fariseo que desencadene contra tí su torpe lengua!

Ni tú tampoco te alejes desesperado de los ministros de reconciliación, hombre infeliz que en un momento de ceguedad manchaste tus manos con lo que no era tuyo. La Esposa de Cristo no mira á bienes caducos y perecederos, y su único anhelo es el ofrecerte en el cielo riquezas que nadie ose disputarte. A tí también se extiende mi llamamiento, á tí también te ofrezco la paz.

La paz sea igualmente con vosotras, almas piadosas, que jamás habéis empañado vuestra inocencia, almas que aspiráis á la perfección, que camináis á grandes pasos por la senda de la virtud. Aunque seamos inferiores á vosotros en piedad, aunque no podamos remontarnos á las elevadas regiones por que voláis, el Espíritu Santo reside en nosotros y nos hará la gracia de conducirnos por el camino del cielo.

La paz sea con vosotras, almas cándidas y sencillas, á quienes el Señor, al repartir sus dones, no ha agracia-

do con la superior inteligencia de que otros se hallan dotados. No se necesita para alcanzar la gloria eterna el ser profundos filósofos, el investigar los arcanos de la ciencia. Conocer la ley del Señor, saber los artículos de nuestra Religión, hé aquí toda la ciencia de que habéis menester, y que nosotros os daremos. Sabiamente ha prescrito nuestro digno Prelado, que también en la tarde de los domingos se os parta el pan de la palabra de Dios. Sed asiduos en frecuentar el templo, y escucharéis el catecismo explicado por nosotros en términos fáciles y sencillos, que estén al alcance aun de los más rudos entendimientos.

La paz sea con vosotros, cristianos fervientes, que deseáis conocer las verdades reveladas por Dios en la Escritura, pero que careciendo de tiempo y oportunidad para hojear el sagrado volumen, veis frustrados vuestros justos deseos. Yo procuraré satisfacerlos, explicándoos en lecciones fáciles, sí, pero amplias y razonadas, los Libros Santos del antiguo y nuevo Testamento. Cuando acabéis de ornar de flores el altar de nuestra Madre María, empezaré mi larga tarea; acudid á escucharme, que si sois asiduos no os cederé en tesón y constancia.

La paz sea con vosotros, fieles devotos, que distraídos por interminables ocupaciones del servicio de Dios, os habéis quizá descarriado, habéis olvidado vuestro último fin y vuestra misión sobre la tierra, y deseáis, cual Ignacio en Manresa, retiraros algunos días del bullicio del mundo y volver sobre vuestros pasos. Nuestros esfuerzos se dirigirán á proporcionaros sitio y oportunidad para tan saludable ejercicio; y ya sea por nosotros mismos, ya por más hábiles directores, procuraremos

aplicar las medicinas convenientes á los males que os aquejan.

La paz sea contigo, tierna edad de la inocencia y de la sencillez. A tí principalmente se dirigirá nuestra paternal solicitud. Dentro de pocos días vais á presenciar, Hermanos míos, el magnífico y tierno espectáculo de la primera comunión de niñas, que van á ofrecer solemnemente su corazón, aún virgen, á Jesús sacramentado, que se reposará por primera vez en su pecho. Este acto tan importante de la vida, queremos que de hoy en adelante se celebre por todos con cristiana pompa y santa solemnidad. Queremos que ningún niño se acerque á la sagrada Mesa sin que preceda una larga preparación; sin que sepa perfectamente la excelencia del celeste banquete á que es admitido. De aquí es que el derecho que tenemos los párrocos de suministrar por nosotros mismos el Pan de los ángeles á nuestras propias ovejas, nos lo reservamos desde hoy, para todos los que se apresten á participar por primera vez del celestial convite. Fijaremos con oportunidad los días en que ha de tener lugar esta solemnidad, para que con tiempo nos presentéis á los niños que hayan de ser admitidos á tanta gloria, y reciban de nuestros labios la conveniente instrucción.

¡Dios de bondad! Confirma lo que has obrado en nosotros. Manda á tu Divino Espíritu sobre estos fieles, ávidos de recibirlo; crea en ellos un corazón limpio, y enciende en sus pechos la hoguera del divino amor, para que gocen en esta vida de la santa paz, que sólo de Tí proviene, y vayan por fin á recrearse con tu vista en el cielo. Así sea.